

# Querer a los alumnos

Jaime Nubiola y María Rosa Eixot

*En el proceso educativo es tan importante el conocimiento como la parte emocional para garantizar una formación integral del alumnado. María Rosa Eixot y Jaime Nubiola nos hablan de ello.*

**S**egún el informe PISA (*Programme for International Student Assessment*), invirtiendo más dinero en educación no se consigue necesariamente el éxito. Los datos PISA muestran que el gasto por alumno no guarda relación directa con la prestigiosa clasificación de

este programa internacional de evaluación de estudiantes. Ni el número de alumnos por profesor, ni el número de horas de clase que tienen los alumnos son determinantes para la calidad de la enseñanza. En este sentido, el dinero no parece que sea decisivo para lograr la excelencia en las aulas. ¿Dónde está, pues, la clave? Sin lugar a dudas —afirman los expertos— la clave está en los profesores.

¿Qué hacen los mejores profesores? ¿Cómo son? ¿qué métodos utilizan? Lo primero que se espera de un profesor es que domine la materia que imparte y sepa transmitir sus conocimientos. Desde luego esto es fundamental, pero no es suficiente. Un buen profesor totalmente competente es también un profesor bueno (generoso con su saber, su tiempo, se escucha atento a sus alumnos). Los mejores profesores quieren a sus alumnos y no les importa que se mida.

Los mejores profesores, los muy efectivos —afirma Ken Bain, autor del magistral libro *Lo que hacen los mejores profesores universitarios*— “sobre todo, tienden a tratar a sus estudiantes con lo que sencillamente podría calificarse como ‘mucha amabilidad’”. Con amabilidad que es afectuosidad. Los buenos profesores, los mejores, son afectuosos con sus alumnos.

Un buen profesor sabe gestionar el talento de sus alumnos. Propone más que impone, observa, descifra, conoce el tiempo que el alumno necesita y espera pacientemente. Sabe *¿dónde hacer y dónde parar?* Un buen profesor convence, persuade e ilumina porque ama.

**Qué significa querer a los alumnos**

Querer a los alumnos es lo que en último término da sentido al sentido que supone la profesión docente. Por eso, para educar es imprescindible querer al alumno, sin buscar recompensas afectivas, sino buscar el beneficio propio y el bienestar que la profesión docente requiere dar más que recibir. Sin y más lejos, una de

las vías por las que el profesor educa a sus alumnos y no sólo instruye en unos conocimientos, es por medio de su capacidad de amor y de diálogo con ellos. Cualidades ambas —naturales y adquiridas— que el alumno admira y a través de ellas puede aprender cosas más valiosas que los contenidos de un buen libro de texto.

Querer a los alumnos significa saber decirles cordalmente la verdad, invitarles a pensar por su cuenta y riesgo, a vivir su vida de valiente, a ganar independencia de la mirada de los demás, a aceptar abiertamente sus debilidades y sus carencias, a emanciparse en servicio de los demás. Querer a los alumnos significa también estar dispuesto a corregirlos y saber hacerlo siempre con afecto y responsabilidad. Sin miedo al rechazo afectivo del alumno. Lo que mueve al buen profesor a corregir a sus alumnos es el amor, es decir, el dar, no el recibir. La poca preocupación por corregir no es más que un desentendimiento de la magna responsabilidad de sus alumnos. Es muestra de poca estima hacia ellos.

El profesor tiene que saber querer, pero además tiene que enseñar o guiar. Enseñar a querer no tanto con discursos o sermones sobre el amor, sino con la propia vida, día tras día, sabiendo aceptar a cada persona como es y queriéndola tal como es. En este sentido, podríamos decir que a querer no se puede enseñar, sólo se puede aprender

## Percebir el afecto del profesor

El afecto del profesor debe hacerse manifiesto en sus obras. De hecho, es indispensable no sólo querer al alumno, sino que además el alumno pueda percibirlo, puesto que las verdaderas manifestaciones de la estima del profesor le darán la seguridad y confianza que precisa en su aprendizaje y crecimiento personal. La manifestación del afecto del profesor, por supuesto, dependerá siempre de la edad y las características de los alumnos. En cualquier caso querer de verdad conlleva darse generosamente y exigir, pero exigir con afecto y sin buscar recompensas afectivas, reconocimientos banales o servilismos de rangina clase que siempre son indignos.

A veces los profesores no sabemos, o quizá nos cuesta un poco, manifestar nuestro afecto a los alumnos tal como ellos lo necesitan. Lo que queremos

decir es que una cosa es ser querido, y otra muy distinta es sentir querido. El deseo de sentirnos querido está presente a lo largo de toda la vida de una persona y de un modo más acusado cuando se es joven. Obviamente nuestros alumnos no son una excepción. Nuestros alumnos necesitan sentirnos queridos. También por los profesores. Nos lo dicen continuamente con su modo de vestir, de hablar, de comportarse. Los profesores tenemos que esforzarnos para que ellos —los alumnos— puedan percibir nuestro afecto. También que estar convencidos de que los queremos y atendidos de un modo incondicional. Es más, el alumno debe sentir que aunque el profesor desaproveche alguna vez su modo de proceder, el profesor seguirá estando ahí.

Estar accesible a los alumnos, escucharlos con atención, sonreírles, estimularlos con las palabras acertadas, saber darles seguridad y más oportu-

dades, tratarlos con respeto, y ser muy delicado —aunque claro— en las observaciones que el profesor hace, son formas de servir a los alumnos y de manifestar el afecto hacia ellos. La manifestación del afecto del profesor a sus alumnos en modo alguno está relacionada con la exigencia curricular, argumentada. El afecto del profesor tiene que estar siempre presente en su quehacer educativo, para educar es imprescindible querer al educando.

**Querer a los alumnos significa saber decirles cordalmente la verdad, invitarlos a pensar por su cuenta y riesgo, a vivir su vida de valiente, a ganar independencia de la mirada de los demás, a aceptar abiertamente sus debilidades y sus carencias, a emanciparse en libertad interior y exterior, a educarse en servicio de los demás.**

